

**Uno.**

Encontré a Héctor a los pies del cadáver, como la despedida en un funeral. Me oyó llegar, me vio acercarme, me olió el aliento del café con el que mantenía en vigilia la caza. El perseguido permitió la presencia cercana del perseguidor, sin una huida instintiva, señal sutil de demandar un momento para sus sentimientos. Yo me puse a su lado, miré a la mujer, la conocía, la recordaba, lamentaba su muerte tanto como Héctor. Aunque no de la misma manera.

-¡Hablé con ella tantas veces! –le confesaba a Héctor. Lo hacía con fraternidad.

Todas esas veces en las que había advertido a Eva que lo dejara, que huyera, ahora, lejos, todas esas veces en las que su fidelidad a Héctor me respondía con una sonrisa. ¿Pensaría que son celos? Creería que la halagaba pretendiéndola, me agradecía entonces el halago con una sonrisa que rechaza pero no hiere sentimientos, y me hacía creer que era ella la decidía con quién, y que ya había tomado su decisión.

-Yo también hablé con ella muchas veces –el momento de debilidad del vampiro.

Pero Eva seguía en el suelo, muerta, retorcido su cuerpo por la caída, ¿once pisos?, conté: doce incluido el entresuelo, en una postura nada hermosa, que no ayudaba a recordar alguna escena agradable. El charco de sangre era una flecha hacia la realidad. Doce pisos.

-¿Cómo ocurrió? –como el cazador. No pude evitar la pregunta.

Pero Héctor sí pudo evitar la respuesta. Se agachó, acarició su pelo, le dijo algo al oído, como la despedida ante un ataúd de asfalto. Luego se levantó, me miró a los ojos, antes de huir de mí.

-Yo la quería, Sebastián –como la presa, y se alejó calle abajo.

Y dejé que se alejara. Le vi desaparecer, mezclando en cierta confusión la fraternidad con el objetivo. Miré a la mujer. ¡Doce pisos! Eva, te lo advertí.

Miré de nuevo al fugitivo, ahora sólo una sombra lejana. Seguiré necesitando el café. Sí, Héctor, sé que la querías, por eso permití dejar a un lado la caza para que tuvieras a alguien que te escuchara. Pero no he dejado de perseguirte.

### **Dos.**

Eva y yo en un restaurante. Yo llegaba un poco tarde, pero su sonrisa parecía un perdón. Unos ojos cálidos, una mirada tranquila. Despreocupada. Se me hacía terrible mi intención de asustarla. Pero era necesario.

-Es necesario que tengas miedo, Eva –directamente. Tenía previsto algún rodeo, algún acercamiento progresivo al tema, quizá hacer una lista de peligros para suavizar el susto. Pero no lo hice.

-¿Miedo de qué?

-De Héctor. Miedo de Héctor.

Tenía previsto un rodeo educado, sí, pero ahora sabía el motivo (y no la torpeza) de no recurrir a él: habíamos hablado otras veces, le había advertido de otras maneras, quizá sentía una confianza con ella que prescindía de prólogos blandos. Ahora me fijaba en ella y me sorprendía su mirada igual de tranquila. Mi falta de delicadeza no fue un problema.

-¿Miedo de Héctor?

Ella no necesitaba confirmar mis palabras, lo decía como una ironía para dibujar mi exageración. Por eso seguía mirándome con la misma serenidad.

-Ya me has hablado de Héctor otras veces –explicó-. ¿Qué le hace tan peligroso?

-¿Habéis estado juntos? –preguntaba antes de exponer el motivo de mi persecución.

-Sí.

-¿A solas?

-Sí.

-¿Ha intentado seducirte?

-Sí.

Y aún así ella no advertía el peligro. Continué.

-Ya ha seducido a otras mujeres –le dije, como enunciando el delito ante un tribunal.

-Lo sé.

-¿Lo sabes?

Su mirada tranquila: lo sabe.

-Seducirá a otras después de ti –mi aviso.

Y entonces una grieta en sus ojos, una fuga en su mente. De repente, una certeza que ella despreciaba aun conociéndola, como haber despreciado el riesgo de una escalada aun conociendo los peligros de la montaña.

-Necesita a las mujeres –le dije. Pensaba en Belén, y en Sofía, y en Inés, a quien creía que tentaba recientemente-. Necesita seducirlas, y luego seducir a otras. Es como un vampiro que necesita la sangre de las mortales.

-Héctor no es un animal.

-Pero sí es insaciable.

Su mirada tranquila con grieta en el corazón.

-Debes huir de él, Eva.

-Eso ya me lo dijiste, Sebastián.

Luego utilizó la comida para dar el tema por concluido, pero sin olvidar la precaución de cerrarlo.

-Héctor no me hará daño.

**Tres.**

-Sospeché de ti desde el primer día –quise fanfarronear ante Héctor, como invitándole a un juego de fanfarronadas por teléfono.

-Ya, por eso no me miraste en aquella fiesta –Héctor jugó a las fanfarronadas-. No tenías ni idea: tuvieron que decírtelo.

-¿Decirme qué?

-Lo que soy en realidad.

-Pero si no hace falta que me lo digan, se te nota en la cara.

-Ya, en la cara –y después de un instante-. Mientes, Sebastián.

Hay veces que no distingo cuándo se acaba el juego y empieza de nuevo la caza. Bueno, en realidad nunca distingo si la caza es también un juego.

-¿Desde cuándo? –como si le hiciera creer que dejaba a un lado el juego y hablábamos en serio.

-¿Desde cuándo qué?

-¿Desde cuándo eres un vampiro, Héctor? –puse la voz más grave. Yo al menos sí hablaba en serio.

Oí un silencio al otro lado. El teléfono siempre impide ver lo que hace el otro: mirar lejos con la profundidad de una reflexión, agacharse al suelo para recoger algo caído hace días y descubierta ahora. Tal vez miraba al teléfono, preguntándose si merece la pena contármelo. Se trata de mi cazador, ¿no debería pensar antes lo que le cuento? Si es que no es un error contarle algo. Pero es que a veces necesito contárselo a alguien.

-Desde que sé que lo necesito para vivir.

-Todos necesitamos cosas. Héctor –inadecuado intento moralizante; ya estábamos de acuerdo en que aquí sobraba la moral.

-¿Crees que todos pueden prescindir de ellas? Su razonamiento- ¿Crees que puedo prescindir yo de lo que necesito?

-No lo sé, Héctor –le seguí el razonamiento- ¿Puedes?

-No, no puedo.

De nuevo ese silencio que por teléfono oculta si el otro se ha quedado pensando o se rasca una pierna. Tal vez el vampiro necesitase recuperar el aliento. O tal vez era yo el que jadeaba.

-¿Eva lo sabe? –le pregunté. Extraña pregunta: si les veía juntos probablemente lo sabía, y además lo permitía. Casi con certeza, hasta lo deseaba. Yo me aferraba a la posibilidad de un engaño, como haciéndole creer que es la víctima la que le atrapa a él y no la atrapada.

Pero esas cosas no se preguntan. Se suponen. Y las que no se suponen permanecen ignoradas. Me interesaba Eva.

-¿Conociste a Eva en aquella fiesta?

-Sí –sin hacerme esperar en silencio ciego.

-Pero no empezó todo ahí, ¿verdad? –curioso: el perseguidor preguntándole al perseguido si ésas son sus huellas.

-No. Empezó antes –curioso: el perseguido siendo sincero con el perseguidor.

Probablemente no sacaría más de esa conversación por teléfono. Había sido un golpe de suerte que cogiera la llamada, y que me hablara con tanta sinceridad. El tiempo que llevábamos de persecuciones nos había dado cierta amistad, semejante a esa infrecuente entre rivales de juego, agradable por humanizar la caza, pero sin permitirnos más confianzas de las necesarias. Él colgaría el teléfono, creyéndose inteligente por no mostrar más huellas que las confirmadas. Yo, por mi parte, agradecía la sinceridad de un rival al que me resistía a tomar como enemigo (a pesar de perseguirle sin tregua, a pesar de las víctimas que seguía contando, a pesar de las cosas que sospechaba que hacía).

Mi vampiro colgó. Yo sentí que lamentaría cazarle. Pero lo haría.

La cosa no había empezado en aquella fiesta. Efectivamente, no me había dado cuenta de que Héctor era un vampiro. Me lo presentó Belén. Belén fue una de las víctimas del vampiro. Yo me había girado pronto y le había dejado a solas con ella mientras iba a saludar a unos amigos. Y, efectivamente, no estuve vigilando a Héctor durante la fiesta. Vagamente, recordaba a un hombre

no especialmente extrovertido. Educado en el saludo, parco en palabras. Pensaba ahora (aún con el teléfono en la mano, absorto en el recuerdo) que no era parco en palabras, sino que sabía medirlas en cada situación, discreto ante un hombre desconocido, locuaz ante una mujer por conocer. ¿Estaría ahora con Eva? Fue ella quien me había dado un número de teléfono (no pude resistir la tentación de comprobar si lo encontraría al otro lado, como la tentación de colocar un extraño cepo). Probablemente le habló de mí, de nuestra conversación, probablemente le sugirió coger el teléfono (aceptar un cepo extraño). O tal vez él sintiera curiosidad, tal vez quisiera hablarme, jugar a ver a qué distancia seguía sus pasos.

Muy poca, Héctor, ya casi te he alcanzado. Fue ella quien me enseñó cuáles son tus huellas.

#### **Cuatro.**

Perseguí a Héctor por el callejón. Corrí tras su sombra como si fuera a los rincones oscuros a los que persiguiera, quebré la noche entre las paredes sucias, busqué alocadamente cualquier bulto que se moviera. Me espoleaba saber que el vampiro encontraba mi aliento cada vez que se giraba en una esquina. Podía esconderse en algún agujero vacío, pero mi caza lo inundaría de pánico. Y sin embargo, después de correr, saltar, girar y destapar cloacas, creyendo que mi presa buscaría un escondite fácil (su último escondite), llegué agotado a un lugar todavía más oscuro que mi Némesis, y empecé a pensar que había logrado escaparse. No había ninguna sombra huidiza que delatase su fuga. Ni siquiera oía ya su respiración agitada. Y me encontré tan lejos del principio de la carrera que yo mismo dudé de mi persecución, hasta dónde llegaría por atraparle.

Lo había tenido más claro antes, en el interior. Había llegado tarde. Había entrado como un vendaval en casa de Inés, sospechando un nuevo ataque de mi bestia, y la vi yaciendo fatalmente en su propio lecho. Entonces creí ver un bulto escurriéndose por la ventana. Salí por ella con más furia por la venganza que deseo de cumplir la antigua promesa. Seguía a una sombra que descendía al infierno de un callejón solitario y me lancé tras el vampiro. Y aquí estaba después, lejos, cansado,

impotente y frustrado por haberse escapado mi presa. Otra vez. Recuperé el aliento, y las ideas: tengo que hablar con Eva, tengo que avisarla.

### **Cinco.**

Durante varios días la búsqueda fue improductiva. El vampiro se había esfumado como si la evanescencia fuese parte de su naturaleza insaciable. Varios días sin ser visto, sin indicios, sin señales. Varios días sin dejar un rastro que delatase su presencia, pues aún sin verle yo creía que estaba cerca de mí, que incluso me vigilaba, como si yo fuese la brújula de su huida, apuntando al sur. Yo casi enloquecía. Apenas regresaba a casa, siempre buscando y siempre alerta, pero en cada vigilia, alimentándome más de café que de paciencia, sentía la frustración pisándome los talones, cuando creía ser yo el perseguidor.

Visité a Eva docenas de veces, buscando alguna huella reciente aunque fuese débil. A veces creía que Héctor la quería hasta el punto de correr riesgos. Puede que realmente la quisiera mucho. En algunas de las visitas noté el aire animalizado, noté su olor fugitivo, y la noté a ella nerviosa; sus ojos no estaban serenos, escondían algo. Pero no lograba arrancar de Eva ninguna delación, lo que me frustraba aún más, porque el vampiro sí había conseguido sacarle la voluntad. Tuve que admitir que, de nuevo, iba por detrás en la caza. Al despedirme en la puerta, fingí estar muy cerca, casi alargando la mano para atraparlo; un intento de conservar mi orgullo. Luego repetía mi aviso: es un animal, es insaciable, aléjate de él, ahora, lejos. Eva cerró la puerta con una sonrisa, y yo noté en la madera la huella inconfundible de mi presa. La que se estaba escapando.

Una noche que rondaba la casa de Eva, como si patrullara el territorio de caza del vampiro, creí verle en un rincón, subiendo los doce pisos para alimentarse. Me lancé tras él como una bestia enloquecida y abatí en la oscuridad de mi desastre a un vulgar ladrón, un asustado ladrón, furtivo como mi insomnio. Le golpeé sin querer reprimirme, dándole a él un castigo destinado a otro.

El vampiro se había vuelto más hábil después de aquella persecución por rincones tenebrosos. Me tenía por más tenaz y más rápido de lo que quizá había calculado en la fiesta, aquel

tipo que le había ignorado tras presentárselo Belén, y ahora reajustaba la sutileza de sus asaltos, para cruzar invisible ante mis narices y evaporarse después, y sin dejar de buscar víctimas, como una burla a mi obsesión.

Quizá el vampiro jugase conmigo. Pero yo me lo tomaba en serio. Te cazaré, Héctor, tarde o temprano te cazaré.

Quizá también estaba oyendo esto último, la falta de sueño me ha dado la imprudencia de decirlo en alto, y quizá me estaba susurrando en el oído su próxima víctima. Amplié mi patrulla: la casa de Rocío, la ventana abierta, una sombra.

### **Seis.**

Por mi instinto, le esperaba en la puerta. Por su instinto, el vampiro creyó que la puerta era un lugar demasiado fácil que desearía para esperarle (como si él también entrara volando por las ventanas). Por eso se sorprendió al verme. Esta vez sin carreras, sin escondrijos, sin sombras. Abría la puerta, salía confiado, y ahí estaba yo.

-¡Sebastián!

-Héctor –le saludé, triunfal.

El vampiro salía de la casa de Lucía. No era la primera vez que la seducía, pero tampoco la última; ella todavía podía salvarse. Eva no pudo: muerta por la caída. Inés tampoco, yo había llegado tarde al ataque definitivo.

Forcé a Héctor a entrar de nuevo, casi empujándole. Disfrutaba teniéndolo contra las cuerdas, sin dejarle hueco a una idea para escurrirse. Lucía salió del dormitorio, aún con ropa.

-¡Sebastián! –me reconoció sorprendida.

-¿A ella también la has alertado contra mí? –el vampiro recordó mis advertencias a Eva.

-¿Acaso te sientes perseguido? –me permití una arrogancia.

Lucía se acercó a Héctor en un intento de protegerle. Tal vez viera injusto mi acoso. Yo veía injusto el desenlace de las víctimas. Intenté resolver la situación de un modo civilizado. Les invité a sentarse en los sofás de la sala.

-¿Qué vas a hacer ahora, Sebastián? –el vampiro quiso conocer las rejas y mi plan para meterme en ellas. Él mismo descartaba ya un indulto. No después de tantas persecuciones.

Entonces saqué mi arma.

-Creí que éramos amigos –ése fue su intento.

-No después de tantas persecuciones –ésa fue mi respuesta.

Y sin embargo, no era capaz de hacer nada. Le tenía atrapado, le había dado caza al fin, y con más habilidad en la trampa que él en sus huidas. Me frenaba algo. ¿Acaso acorralarle satisfacía más la caza que abatir la pieza? ¿Acaso era sólo por placer? Miraba al vampiro a los ojos, le notaba sereno, preparado para el castigo, incluso mostrando una nobleza poco frecuente (yo en cambio esperaba hasta un forcejeo desesperado como último recurso). Puede que en el fondo sólo fuese un seductor empedernido, y puede que no dominar nuestros impulsos nos haga parecer animales. Miré luego a Lucía, paralizada por mi arma y por la situación; tal vez debí advertirla también del extremo de mis medidas. Pasaron los minutos sin que acertase a saber qué obstáculo me impedía ejecutar el plan. El vampiro esperaba con templanza humana.

Tal vez fuera eso, que en ese último instante emergiera en él el gesto humano necesario para cuestionar mi prolongada batida. Acaso yo esperaba, o necesitaba de Héctor que sucumbiera al instinto y se arrojase a mi cuello como una bestia; tendría que matarle para justificar la superioridad con la que le veía. Después de tanto tiempo persiguiéndole, necesitaba tratarle como un animal a batir.

O tal vez fuera ese tiempo de persecuciones, de encuentros y de huidas, de rincones oscuros de los que no se espera sacar nada bueno, de búsquedas obsesivas tras las cuales sólo encontraba

una mente perturbada por el café. ¿Por qué no terminaba con él? Aún estábamos mirándonos en silencio, él sin sentencia, yo sin respuesta.

Craso error. El vampiro era más listo que yo. Se lanzó contra mí, aún enredado de ideas, y en su defensa fue él quien me cazó, con la brutalidad de una bestia, creyendo yo que miraba a los ojos de un hombre. No le miraré más, lo sé, y habrá escapado de mí otra vez, sin que pueda volver a perseguirle ni como amigo ni como enemigo. Yaceré fatalmente en mi última vigilia, con el inútil triunfo de haberle arrinconado. Apenas me quedaba aliento para avisar a la asustada Lucía, huye, ahora, lejos, es insaciable. Luego mi propia sombra.